

ENTREVISTA

UNA SERIE DE ADMIRABLES ACONTECIMIENTOS. A 150 AÑOS DEL SEGUNDO IMPERIO MEXICANO. CONVERSACIÓN CON ERIKA PANI

Rogelio Laguna
FF y L/ UNAM

Recibido 10 de octubre de 2014.
Aceptado 6 de noviembre de 2014.

Con motivo de que en 2014 se cumplen 150 años de la instauración del Segundo Imperio Mexicano (1864-1867), presentamos una conversación con la historiadora Erika Pani, profesora e investigadora del Colegio de México, para ahondar en la significación de dicho proceso, sus implicaciones políticas, económicas y culturales. Asimismo se trata de reflexionar sobre la construcción del Estado mexicano en el agitado siglo XIX y los vaivenes que aquél “siglo largo” trajo para el pensamiento.

Rogelio Laguna (RL): A partir de lo que usted expone en su libro Una serie de admirables acontecimientos. México y el mundo en la época de la Reforma, 1848-1867, y tomando en cuenta que en este año se cumplen 150 años de la instauración del segundo proyecto imperial en México, ¿cuál cree que es la importancia de ese proceso en este momento?

Erika Pani (EP): El Segundo Imperio es un periodo que se ha estudiado mucho tanto en México como en el extranjero, pero creo que es un periodo del cual durante mucho tiempo se dijo lo mismo. Incluso, la versión contraria al relato convencional, es decir, aquella en que

los mexicanos son los malos y Maximiliano una maravilla, constituye más o menos la misma visión, pero volteada. Se ha hecho la historia del Segundo Imperio como un momento totalmente ajeno a nosotros, una historia de buenos y malos... Sin embargo, dicho proceso es una pieza central en la construcción de la nación. Si pensamos que la nación es una comunidad imaginada, como dice Anderson; entonces, el hecho de que esa comunidad haya podido triunfar por un lado sobre una invasión extranjera y, por otro, sobre este proyecto que es un concentrado de los remanentes del pasado, de la reacción, hace de éste un momento central en la construcción de una historia patria para México que se construye después de la intervención, pero que retoman los revolucionarios.

El Segundo Imperio es interesante como mito fundacional, y es un mito muy atractivo. Entonces, creo que a 150 años lo que hemos logrado es distanciarnos del relato tradicional y tratar de ver otros aspectos del periodo que tienen mucho que ver con toda la historia de México. Pues en el Segundo Imperio se está lidiando con problemas que vienen de gobier-

nos anteriores y con problemas con los que se ha de seguir lidiando después, y también con aspectos que no tienen que ver con la política sino con la historia del arte, como lo que ve Esther Acevedo, con cuestiones sociales, como lo que ve Claudia Ceja. Yo creo que ya se están explorando temas que también son muy importantes.

RL: No debemos olvidar que los que hicieron la historia nacional fueron los regímenes republicanos después de la caída del Imperio.

EP: Claro. Aquellos hombres que pelearon contra el Imperio (con la pluma, participando en el gobierno errante, con las armas en la mano) son los que tienen el poder político después.

RL: ¿Esos triunfadores, son los mismos los que nos gobiernan ahora?, y ¿la distinción entre liberales y conservadores que se dio en aquel tiempo, sigue dándose ahora, o ya tenemos un panorama muy distinto?

EP: Soy bastante reacia a creer en estas genealogías. Yo creo que las genealogías las inventamos. Decimos que Hidalgo engendró a Morelos quien engendró a Juárez. Juárez engendró a Madero, o a Zapata, o a Carranza, dependiendo de cómo nos caigan... Del otro lado, Iturbide engendró a Alamán, quien engendró a Santa Anna, quien engendró a Maximiliano y luego a Porfirio Díaz... Yo creo que estas genealogías son parte de la manera en que hemos contado la historia, pero que no funcionan más porque no es el mismo México... La dicotomía liberal-conservador tiene mucho que ver con la forma en que pensamos la política. Cuando tú tienes una política competitiva por naturaleza, en donde quien manda no se define por la tradición, o el derecho divino, entonces tiendes a

pensar en términos dicotómicos, en la lógica amigo-enemigo. Pero esto es muy tramposo, porque no deja ver los matices, la diversidad de posturas, el hecho de que las alianzas se pueden hacer y deshacer, etc. Entonces, creo que el enfrentamiento liberal-conservador es un enfrentamiento de un periodo particular de la historia de México, que se extiende desde el periodo posterior a la guerra con Estados Unidos y hasta el final del Imperio donde tenías un partido que decía, “yo soy conservador y me opongo a ustedes que son del partido liberal”. Eso independientemente que, después, haya actores que se digan legatarios de esta tradición.

Para los revolucionarios se volvió muy atractivo decir, “nosotros somos los liberales, nosotros estamos continuando esa lucha que es la gran lucha del progreso contra el retroceso, de la nación contra los que la hieren desde dentro...” Eso es una reconstrucción que es políticamente atractiva, pero que históricamente es falsa: definitivamente no son los mismos. La dicotomía liberal conservador aún puede ser cierta pero a un nivel superficial. Puedes decir que estás de acuerdo con Juárez, pero eso no quiere decir que tu ideario sea el de Juárez. Hoy en día estamos enfrentando problemas distintos y tenemos que darles respuestas distintas. Así, la dicotomía no nos dice qué hay detrás. Es inclusive parte del juego político decir “mi contrincante es un conservador”. Con ello ya no tienes que decir nada más. Lo desprestigias sin decir nada sobre sus posturas; pasa lo mismo con quienes se presentan como liberales. Las etiquetas les sirven a los políticos, pero como historiadores o científicos sociales tenemos que ver qué hay detrás de ellas.

RL: Algo que se ha criticado tanto a los liberales como a los conservadores del XIX es que frente a ellos no se sabe qué papel juega el pueblo. Inclu-

sive en un proyecto más cercano al liberal como el que vivimos, por decir algo, el Tratado de Libre Comercio, la gente no termina por entender cuál es su papel.

EP: Creo que parte del problema es algo que los historiadores han estado trabajando para resolver; nos fijamos más en los grandes ideólogos, las grandes figuras, y menos en cómo le hacen estos grupos políticos para conseguir el apoyo popular, que es determinante. Cuando estás en guerra, nadie se vuelve soldado por que sí. Está la leva, pero no basta. ¿Qué ofrecen los grupos políticos en pugna que lleva a la población a enrolarse en los ejércitos? Lo que se ha escrito últimamente sobre el liberalismo popular está intentando desentrañar estas razones. Lo cierto es que ambos proyectos estaban conscientes de que tenía que haber participación popular y trataron de definir —y de acotar— los espacios y las formas. No podían hacerlo de manera unilateral.

Sobre la cuestión del libre comercio, también los liberales del XIX la veían como una solución al estancamiento económico. Pero no tenían mucho margen de acción. Un ejemplo que me encanta darles a mis alumnos es el de la eliminación de las alcabalas, un impuesto que se tenía que pagar las mercancías cuando pasaban de un estado a otro. Éste obviamente encarecía los productos y desarticulaba el mercado nacional. Los constituyentes de 1857 deciden poner fin al cobro de alcabalas, pero no se pueden eliminar sino hasta 1896, porque los gobiernos estatales de algo tenían que vivir. Las ideas están ahí, pero es mucho más difícil aplicarlas. Después de la revolución se afianzó la idea de que el Estado debía “proteger” a la economía nacional, “defender” a los productores locales. No es que en el liberalismo del XIX no hubiera este tipo de preocupaciones sociales, pero sus artífices estaban convencidos de que el progreso y la prosperidad

dependían de la integración de México al mercado internacional, del aumento en las importaciones y exportaciones y en la inversión.

RL: Una de las grandes acusaciones contra los liberales, producto, como dice usted en su libro, de una lectura anacrónica de los sucesos, es la firma del Tratado McLane-Ocampo, donde parece que Juárez y sus allegados terminan doblegándose ante Estados Unidos y comprometiendo la soberanía nacional. Hay quienes dicen: “claro, los liberales estaban dispuestos a perder hasta el último centímetro del país y abrir todas las fronteras con tal de sostener su gobierno, mientras los conservadores tajantemente habían dicho que no iban a ceder ni un centímetro del territorio.”

EP: A mi parecer, lo que muestra el Tratado McLane-Ocampo es la capacidad de negociación de Ocampo, porque hay una cesión de derechos de paso, pero no hay una cesión de territorio. Y los conservadores tampoco se la pueden dar de santos, porque para los gobiernos mexicanos de este periodo fue muy difícil resistir los embates diplomáticos de otras potencias. Ellos firmaron un tratado con España que tampoco favorecía a México. Creo que difícilmente podríamos imaginar un desenlace distinto en el 48 si hubiera habido un gobierno conservador en el poder. No hay que olvidar que quien termina vendiendo La Mesilla es Santa Anna, asesorado por los conservadores. La situación era muy complicada. Yo creo que estos dos tratados de la guerra civil hay que verlos como eso, tratados muy duros en los que tanto Estados Unidos como España están firmando como los que tienen ventaja, y apostando a que con quien están firmando va a ganar. Son tratados con los que

se esperaba romper ese *impasse* en el que se había empantanado la guerra.

RL: Después se rompe el impasse, regresa Juárez a la capital, pero ya está preparándose el siguiente proceso histórico: el Segundo Imperio. No queda claro tampoco en qué polo se está moviendo el Imperio, no es fácil ubicarlo como liberal o como conservador.

EP: Lo que yo diría es que no se está preparando. Si bien hay proyectos monárquicos y hay un emperador en Francia que quiere tener algún tipo de presencia en América, hay que esperar la Guerra Civil de Estados Unidos. No hay que hacer historia contrafactual, pero sin Guerra Civil en Estados Unidos, no habría habido Segundo Imperio.

Por otra parte, el Imperio entra y no en esta bipolaridad, es algo fascinante. Los actores de la época creen desde el 48, que hay dos opciones: la democracia, quizás no la república

pero sí la participación popular en la política, el progreso, los derechos de los trabajadores, y que, del otro lado, están las fuerzas del orden, de la reacción, del atraso. Están de un lado los gobiernos imperiales, estructuras políticas que mantienen unas relaciones de autoridad con territorios muy diversos, frente a la opción nacional que es mucho más homogeneizante. Para los hombres de la época este mundo dividido en dos es un hecho, y se está dando una batalla global entre libertad y orden. Por eso un liberal como John Stuart Mill en Inglaterra está muy preocupado por lo que va a pasar en Estados Unidos. La lucha contra la esclavitud es una lucha de importancia mundial, por eso Matías Romero le insiste a William Seward, el secretario de Estado de Lincoln, que se necesita hacer una alianza republicana en contra del imperialismo europeo, del monarquismo, etc. Por eso la muerte de Lincoln es un suceso internacional



por el que los trabajadores en Europa, y hasta los pescadores sicilianos se acongojan.

Para Maximiliano y para muchos de los liberales moderados que cooperan con él, esta polaridad liberal-conservador ha sido muy desgastante; no ha permitido que se establezca el país, y piensan que este señor va a estar por encima de la dicotomía (dado que lo traen los conservadores, pero él es liberal), y va a permitir destrabar la lucha y fundar un Estado en paz.

RL: Pero esa lejanía con la polaridad va a provocar posteriormente la caída de Maximiliano cuando todos lo dejan solo. Parece que de todos modos es un proyecto insostenible.

EP: Parecería que sí. Yo creo que la raíz del fracaso de Maximiliano (aunque no es lo único), es que es un proyecto que inspira esperanzas muy distintas y realmente no cumple con ninguna, por lo que al final no tiene de dónde agarrarse.

RL: Para valorar un poco el papel de Juárez en el momento, parecería que aún con todo y el Imperio, Juárez sigue siendo la gran figura política del XIX, porque al llegar Maximiliano se da cuenta que las leyes políticas que Juárez defendía en su proyecto de nación eran las correctas y las va a continuar y va a dudar si regresarle o no los bienes a la Iglesia.

EP: De hecho ratifica la Reforma.

RL: Así es, entonces, podríamos decir que Juárez sigue siendo el actor central del momento. Porque, ¿contra quién se está enfrentando Juárez? Contra Napoleón, contra la Reina Victoria. Todo el mundo está observando a Juárez, su capacidad

de resistencia pero además no están tan en desacuerdo con las políticas de Juárez.

EP: Pero no sólo se trata de la política juarista. La Reforma es una serie de leyes y procesos que rebasan a Juárez. Él es uno de los grandes políticos del XIX, en tanto que logra mantener los hilos del poder, o al menos lo que queda de la política republicana, tanto durante la Guerra de Reforma como después de la Intervención, pero durante el conflicto los que tienen la batuta son los militares, que son efectivamente quienes ganan la guerra.

Lo que es muy impresionante es que, a pesar de esto, este civil logra erigirse como el centro del gobierno republicano y luego posicionarse como el hombre imprescindible, aunque nunca está solo. Nosotros pensamos que Juárez era enorme, tal y como se le representa en los murales, y que los otros reconocían su liderazgo como inapelable, pero siempre hubo desafíos: el de Miguel Lerdo de Tejada, el de Jesús González Ortega, luego el de Porfirio Díaz. Juárez se mantiene por encima de esta política bastante feroz de la época y logra mantenerse. Es el gran político, más que el gran ideólogo de los procesos de transformación. Hay muchos otros que construyen y defienden la causa liberal: Santos Degollado, Matías Romero, el propio Ocampo, los Lerdo de Tejada.

RL: Aunque parecería que el México de Juárez ocupa un lugar privilegiado en términos de la historia geopolítica, parece que son muchas cosas por las que se está peleando en México. No nada más es el proyecto de nación interno, sino también la lucha entre Europa y Estados Unidos, que después va a ser definitiva. Entonces, parece que el México juarista debe contemplarse como uno de esos momentos claves dentro de la historia geopolítica mundial.

EP: El título de mi libro es *Una serie de admirables acontecimientos*, y precisamente es una alusión a eso. Es una frase de los conservadores, de la junta de notables que decide votar por la monarquía moderada. Consideran que hay una extraña alineación de los planetas que hace posible que se ensaye un imperio en México con el apoyo del que en ese momento quiere ser el árbitro de Europa, Napoleón III.

En el imaginario de la época, en el imaginario francés, México adquiere una importancia que no necesariamente había tenido antes. Siempre había estado la idea de que era un país muy rico, pero que no sabía organizarse. Pero en este momento es visto como tierra de oportunidad. Se imagina a México como el lugar donde este y oeste se encuentran, donde van a poder intercambiarse, donde los lazos del comercio y de la industria van a unir al mundo, van a tener un nodo central: por eso la idea del Canal.

RL: A veces pienso, en términos filosóficos, que si Hegel hubiera seguido vivo, hubiera considerado el juicio republicano a un príncipe Habsburgo como un momento del Espíritu. Sería también el inicio de una etapa mundial en la que Estados Unidos gana su hegemonía en el continente.

EP: Sí, pero habría que repensarlo. Estados Unidos se vuelve una potencia hegemónica porque es una potencia continental con una economía muy expansiva que se va acelerar después de la Guerra Civil. Yo no sé si quisiera interpretar a la intervención francesa como la gran lucha entre Europa y Estados Unidos por América Latina. Aunque los elementos de la influencia continental de Estados Unidos están ahí, no se articulan políticamente —no se traducen en política de Estado— sino hasta finales del XIX. El año de 1867 es en cierta medida un parteaguas, un momento clave, alrede-

edor del cual parecen cerrarse varios procesos. La Argentina impone la constitución del 53 a Buenos Aires, la Unión triunfa en la guerra en Estados Unidos, se establece la confederación canadiense, se inicia la transformación de Brasil. Vemos los inicios de la consolidación del estado-nación bajo las banderas de la libertad de comercio, de la modernización. Los que apoyan al Imperio de Maximiliano creen estar ante una disyuntiva: la república anárquica que será inevitablemente devorada por Estados Unidos, o la dependencia de un poder europeo. Pero no es Estados Unidos quien derrota a la Intervención Francesa, y tampoco se establece, en 1867, el dominio absoluto de Estados Unidos sobre la economía mexicana de manera automática y total.

RL: También en este periodo, y quizás desde antes, se está observando una nueva relación con Estados Unidos de modo que ya va a ser casi indisociable tanto para los mexicanos pensar su política y economía sin Estados Unidos, pero también para Estados Unidos pensar su economía y política sin México.

EP: Hay un libro muy lindo de Thomas Schoonover —*Dólares antes que dominación*— que narra cómo después de este periodo, Estados Unidos abandona su deseo de expansión territorial y busca penetrar económicamente a México. Yo creo que a grandes rasgos esta descripción es correcta, pero hay que tener cuidado con las fechas. No hay que olvidar que en 1875-76 Estados Unidos no reconoce al gobierno mexicano, no hay una relación económica fuerte que lo obligue a ser más cauto. Realmente hay un esfuerzo importante del gobierno de Díaz para normalizar las relaciones con Estados Unidos. Hay que esperar el desarrollo del suroeste americano para ver crecer y consolidarse intereses comparti-

dos de los dos lados de la frontera, y una gran compenetración de las economías regionales. Para México, Estados Unidos es el mayor de los desafíos diplomáticos. Estar junto a una de las economías más dinámicas del mundo es una bendición y una maldición, hasta el presente.

RL: ¿Qué tan distinta es nuestra política de la del vecino del norte?, ¿Y qué tan distinto se ha configurado México, a partir de todos estos procesos tan complejos como la semi-dictadura de un partido hegemónico hasta la situación que vivimos actualmente?, ¿qué tan distinto es al siglo XIX?

EP: ¡Muy distinto! A mí me molesta esta visión según la cuál, los mexicanos somos autoritarios, desorganizados por naturaleza, y siempre podemos cambiarnos la máscara y decir que somos revolucionarios y liberales. Yo creo que ha habido cambios muy importantes en todos los aspectos; la política no siempre es lo que tenemos que mirar, hay otro tipo de cambios profundos que son muy importantes. Ni era lo mismo Porfirio Díaz que el PRI, ni es lo mismo el PNR que el PRM, ni que el PRI. No es lo mismo el PAN que el PRI, ni es lo mismo el viejo PRI y el nuevo PRI, porque el país es distinto. Si pensamos en la política en el que se dirimen todo tipo de conflictos, por ejemplo, de intereses, estos intereses son distintos y se van a tratar de construir canales para dirimirlo. Por supuesto, esto no quiere decir que la clase política mexicana actual me inspire un particular optimismo, o que piense que no haya problemas que resolver, pero creo que no ganamos nada pensando que todo sigue estando igual porque seguimos siendo los mismos –igual de mentirosos y corruptos. Puede ser que la mentira y la corrupción sean una constante; quiere decir que han sido políticamente redituables. Sin embargo hay mecanismos de dominio que son distintos, un mecanismo de dominio puede ser eficiente en un momento y no en otro.

RL: ¿Podemos decir entonces que los actores políticos han cambiado, que no son las mismas corporaciones las que deciden como se está llevando la política: el ejército, la iglesia, etc., no éstos los factores que actualmente deciden la política?

EP: No, incluso si pensamos que el ejército y la iglesia siguen siendo factores importantes en la política, hay que pensar que estos actores nunca fueron monolíticos, siempre hubo diferencias de opinión y de postura. Es cierto que las instituciones jerárquicas tienden a fijar opiniones, pero a pesar de ello nunca fueron monolíticas. Y la visión que tienen del lugar que deben ocupar cambia profundamente. Muchas veces pensamos que es muy obvio. “¿Qué quería la Iglesia?” “Mandar, pues es lo que la Iglesia siempre ha querido”. No, en 57 y en 67 lo que quiere es lo contrario. Por eso terminaron rechazando a Maximiliano, que quería establecer un gobierno en el que la Iglesia fuera instrumento del Estado. La iglesia no quiere un gobierno teocrático, lo que quiere es la autonomía, que descubre después de la Independencia. Obviamente está el problema de las propiedades que la Iglesia no quiere perder, que reclama el derecho a dictaminar sobre la moralidad de las leyes, pero eso no quiere decir que quiera gobernar. Como institución, su primer deber es con ella misma: busca asegurar su supervivencia, y la posibilidad de seguir con lo que asume son sus tareas principales.

El ejército es otro problema, en 67, ¿de qué ejército estamos hablando?, ¿del liberal?, ¿del viejo ejército profesional? Incluso cuando las instituciones perviven, cambian, a veces de manera dramática. No podemos hablar de “el ejército” o de “la iglesia” como si fueran el mismo actor.

RL: *¿Qué pasa con la gente? ¿Podemos decir que la gente vive en una situación distinta que en el XIX o no?*

EP: Yo espero que sí. Creo que es muy difícil imaginarnos el costo humano, cotidiano, de lo que es una guerra, en cuanto a las pérdidas de hombres y mujeres, en cuanto a la destrucción, en cuanto al estancamiento de la actividad económica. Por otra parte, vivimos en un mundo totalmente distinto. Es lo que me refería cuando decía que no debemos fijarnos sólo en la política. ¿Qué puede haber significado para quienes vivieron estos cambios, el poder moverse de Veracruz a México en un par de horas, la llegada del agua potable a casa, ¿sabemos lo mucho que ha cambiado las cosas el internet!

RL: *¿Qué queda sobre la mesa después de 150 años del Imperio?, ¿por qué volver a él, más allá de una preocupación anticuaria?, ¿cómo entraría eso en una discusión mucho más amplia?*

EP: Creo que la historia tiene un valor central, que es explicar cómo pasaron las cosas. En ese sentido, no hay temas estudiados en su totalidad, ni hay aspectos que no deban considerarse en el análisis histórico, Creo

que debemos tomar en cuenta todo tipo de aspectos, culturales, sociales, económicos, etc. Creo que en el caso de la historia política en particular es muy importante rescatar los problemas que plantea la política moderna, a los que trataron de dar solución estos hombres del XIX: los regímenes monárquicos de Antiguo Régimen, no se pensaba en la posibilidad de mejorar y transformar sino en términos muy acotados. La política moderna, en cambio, pretende construir una “ciudad” mejor. Además, plantea una serie de preguntas sobre la representación política, la justicia, etc., que no se han resuelto, y creo que es valioso retomar las soluciones que se propusieron en estos momentos clave.

RL: *En ese sentido, hay que ir más allá de esta visión casi romántica del Imperio, porque es una figura casi literaria tanto como Maximiliano es un personaje romántico, pues hay mucho más implicado en estas cuestiones, ¿no?*

EP: Claro, hay cosas que creo que vale la pena volver a revisar del siglo XIX, y no sólo del Imperio. En México queda mucho por hacer y no está mal ver lo que se hizo, por qué funcionó o no, etc. Lo más importante es la reflexión que nos provoca la historia.

REFERENCIAS

Pani, Erika, *Una serie de admirables acontecimientos. México y el mundo en la época de la Reforma, 1848-1867*, De Ediciones EyC / BUAP, México, 2013.